

“Viure a rural”: de gent del país’, neorurales y otros perfiles in/móviles en el Pirineo catalán*

“Viure a rural”: “Country People”, Neo-rural and Other Im/Mobile Profiles in the Catalan Pyrenees

REBUT: 19.12.2021 // ACCEPTAT: 16.05.2022

Camila del Mármol
Joan Frigolé
Universitat de Barcelona

Resumen

En este artículo exploramos la diversidad de trayectorias de in/movilidad que pueblan las montañas del Pirineo catalán. A partir del análisis del caso de la comarca del Alt Urgell, queremos rastrear los regímenes de movilidad local que ofrecen un modelo para cuestionar abiertamente los binarismos móviles, explorando las condiciones de posibilidad que permiten y niegan las diversas trayectorias de movilidad en relación con la complejidad de categorías de población local. Nuestra etnografía pone de manifiesto una serie de debates públicos que abren la puerta a reflexiones sobre las trayectorias in/móviles. Nos sitúa en un escenario de cuestionamiento implícito de los binarismos, trascendiendo la naturalización de quienes “se han quedado”. Si bien desde el paradigma clásico de las migraciones el movimiento se constituye en objeto de estudio, en el Pirineo catalán se combinan ensamblajes diferenciales de poder que generan la necesidad de los “nativos” de justificar su falta de movimiento, entendida en algunas representaciones del despoblamiento local como prueba de falta de emprendimiento. Estas representaciones conviven con imaginarios contemporáneos que reflejan articulaciones de poder específicas y que se manifiestan en ideales esquivos de cosmopolitismo e interconexión que, a su vez, excluyen a determinadas personas de sus beneficios.

Palabras clave: ruralidad; neorrurales; representaciones rurales; Pirineo catalán; in/movilidad; despoblamiento

Abstract

In this article we explore the diversity of im/mobility trajectories that populate the mountain areas of the Catalan Pyrenees. We trace the local mobility regimes that offer a model of open questioning of mobile binarism, exploring the conditions of possibility that allow and deny the various mobile trajectories in relation to the complexity of local population categories. Our ethnography reveals a series of public debates about these social categories that open the door to reflections on the individual's im/mobility trajectories, people who live and travel through the depopulation of these mountains for decades. This brings us to a scenario of implicit questioning of binarism while going beyond the naturalization of those who have "stayed". While from the classic paradigm of migration movements is considered as the relevant object of study, our research shows specific assemblages of differential power that result into the need of local inhabitant to justify their lack of movement. This is understood within some representations of local depopulation as a lack of entrepreneurship. We explore how this situation shape the complexity of categories of local population that in turn set limits of possibility for the configuration of identities embodied and lived by different sectors of the population.

Keywords: rurality; neo-rurals; rural representation; Catalan Pyrenees; im/mobility; depopulation

*Este trabajo se ha realizado en el marco de un proyecto de investigación titulado: “Resistencias rurales: crisis socio-ecológica, desarrollo territorial y futuros alternativos en los Pirineos”, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación y el Programa FEDER. PID2021-125132NA-I00. Agradecemos los comentarios y el cuidadoso trabajo de revisión anónimo de dos investigadores/as que nos han ayudado a desarrollar el texto y pensar en nuevas líneas de trabajo.

Una tarde de otoño de 2007 en el bar de Tuixent acompañábamos al grupo de habituales que solían tomar unas cervezas antes de la cena. Era un grupo heterogéneo, compuesto por hombres de diferentes edades y procedencias que en ningún caso se dejarían ver en el otro bar del pueblo situado justo enfrente. A los cuatro o cinco vecinos mayores de 60 años, nacidos en el valle, se sumaban una serie de hombres más jóvenes familiarizados con el bar como espacio de socialización pero que compartían la característica de ser de fuera de la zona y trabajar en las pocas obras de construcción de este valle fuertemente despoblado del Pirineo catalán. Como en otras ocasiones en nuestra presencia, la conversación derivó hacia recuerdos del pasado del pueblo. Pocos días antes se había celebrado la fiesta mayor, y los locales recordaban los modos de hacer de su juventud. La fiesta la organizaban los jóvenes, el ayuntamiento ponía unas 1000 pesetas, pero cada uno tenía que colaborar con algo de su bolsillo, unas 300 pesetas, y eso era mucho dinero para algunos; pero no para ellos, que nunca habían tenido problemas de dinero en casa y además eran los *hereus*. De ese privilegio de cuna, la conversación derivó hacia los hermanos. Todos habían marchado, menos ellos: “*Jo era l’hereu, no podia marxar*”. Después de otros recuerdos que como enredaderas solían pintar retratos de la vida en el pasado, varios de los presentes repitieron “*Abans el poble era viu*”. Y luego, como en una justificación, el Josepó nos explicó que no se fueron porque eran *hereus*, i “*això era un altre viure*”. “*Hereus sense casa i sense conreu*”, agregó de forma enigmática el Juval (ver Bourdieu, 2002).

La mención de “un altre viure” condensa una referencia no solo a viejos modelos productivos o costumbres, sino una relación más compleja con formas de sociabilidad, valores y moralidades específicas que conforman “otra vida” anclada a un tiempo y lugar distinto. En esa vida, se trabajaba la tierra, la casa era la unidad de producción destacada y el pueblo y el valle con sus distintas conexiones más allá, con “el món”, constituían el ámbito de lo vivido (ver Frigolé, 2005). Este universo con sus sentidos, anclado en la Vall de la Vansa i Tuixent, albergaba nociones de pertenencia específicas, categorías que permitían identificar valores variables de identidades locales, etiquetas porosas que eran resultado de negociaciones constantes, así como reflejo de las estructuras de poder local. Esas categorías se habían transformado cuando llegamos a este valle del Pirineo catalán a principios del siglo XXI, en diálogo constante con las representaciones del pasado y con las nuevas trayectorias móviles que implicó la transición a una economía terciarizada con una fuerte orientación hacia el turismo dejando atrás distintos aprovechamientos agroganaderos (Frigolé, 2007; Del Màrmol, 2012). En este artículo nos interesa explorar esta diversidad de trayectorias de in/movilidad que pueblan el Pirineo catalán. A partir del caso de la comarca del Alt Urgell, queremos rastrear los regímenes de movilidad local (Glick-Schiller y Salazar, 2013) que ofrecen un modelo de disputa abierta de los binarismos móviles, explorando las condiciones de posibilidad que permiten y niegan las diversas trayectorias de movimiento en relación con la complejidad de categorías de población local.

Nuestra etnografía pone de manifiesto una serie de debates públicos, más o menos explícitos, sobre estas categorías de población que abren la puerta a reflexiones sobre las trayectorias in/móviles, personas que habitan y transitan la despoblación de estas montañas desde hace ya décadas. Esto nos lleva a un escenario de cuestionamiento implícito de los binarismos, yendo más allá de la naturalización de los que “se han quedado”. Si bien desde el paradigma clásico de las migraciones el movimiento se constituye en objeto de estudio (Sheller y Urry, 2006; Mata, 2016),

en el Pirineo catalán se combinan ensamblajes diferenciales de poder que dan como resultado la necesidad de los “nativos”, en algunos casos y contextos, de justificar su carencia de movimiento entendida en algunas representaciones del despoblamiento local como prueba de falta de emprendimiento. Estas representaciones conviven con imaginarios contemporáneos que reflejan articulaciones de poder específicas y que se manifiestan en ideales esquivos de cosmopolitismo e interconexión, que excluyen a su vez determinadas personas de sus beneficios.

Entendiendo los imaginarios y representaciones de localidad como complejos constituidos a partir de las interacciones de dimensiones diacrónicas y sincrónicas en los que se entrelazan relationalidades de poder desigual, pretendemos explorar cómo estos modelan la complejidad de categorías de población local que marcan a su vez unos límites de posibilidad a la configuración de identidades encarnadas y vividas por los diferentes sectores de población. Para llevar a cabo este trabajo nos basamos en sendas etnografías realizadas de manera discontinua entre 2003 y la actualidad, con periodos largos de residencia permanente que se extendieron principalmente entre 2005 y 2010¹. Organizaremos nuestra discusión analizando en primer lugar las dinámicas de movimiento de la población local desde una perspectiva diacrónica, para posteriormente centrarnos en la población identificada como “nouvinguda”. Finalmente, cerraremos el artículo con algunas reflexiones generales.

“El último mohicano”: Escenarios de movilidad de la gent del país

En Músser, en 2010, la mestressa de cal Font recordaba el pueblo aún lleno en los años 60 antes “de la penuria de gent que va marxar”, especialmente a partir de los 70: “això és una veritable crisis”. “És”, seguía siendo, no era un pretérito “era”. Me explicaba que los que se marcharon ya no estaban vinculados al lugar, pero que sus dos hijos tampoco tenían descendencia por lo que su casa, en ese entonces realizando todavía tareas diversificadas agrícolas y ganaderas, también se moriría. “Som l’últim mohicano”, nos dijo con dificultades para encontrar la palabra. No se trató de la única metáfora que ligaba el genocidio indígena de América con esas latitudes montañosas de Europa, curiosamente en otras ocasiones algunas personas que vivían en el Pirineo se habían referido a los locales nacidos allí de manera irónica como “aborígenes” o incluso “cherokees”. Estas metáforas asociadas a la idea de resistencia nos hablan también de historias de erradicación, que trasplantadas a estas montañas producen ciertas resonancias de desposesiones varias.

Las categorías de población nos llamaron la atención desde el principio de nuestra entrada al campo. El sedentarismo metodológico cuestionado por el paradigma de las movilidades (Cresswell, 2002; Sheller y Urry, 2006) asume la inmovilidad como estado original, anclándose en asociaciones acrílicas entre nación y territorio alimentadas por el conjunto de prácticas y metáforas que contribuyen a la “espacialización del estado” (Ferguson y Gupta, 2002). La llamada a repensar la diferencia a través de la conexión (Gupta y Ferguson, 1997) nos ayuda también a cuestionar las categorías de población local desde la perspectiva de los regímenes de movilidad (Glick-Schiller y Salazar, 2013) prestando atención no solo a las

¹ Para más información nos referimos a nuestras publicaciones que son el resultado de esta etnografía de larga duración y que figuran en la bibliografía.

características in/móviles de los perfiles sociales sino a las estructuras desiguales de poder en su configuración local que resultan en jerarquizaciones específicas.

Los debates más recientes sobre los estudios de movilidad buscan justamente disputar lo que se consideró una naturalización de la estasis, resultado de la admisión incuestionada de los dispositivos de espacialización del estado que llevaron a asumir la permanencia como una condición original (Glick-Schiller y Salazar, 2013; Mata, 2016). Nuestra etnografía, sin embargo, nos confrontó desde un principio a un escenario complejo en el que la permanencia era precedida en muchas ocasiones por una suerte de justificación, una disculpa implícita que escondía una culpa original. “Els meus fills mai van voler modernitzar-se”, nos dijo en repetidas ocasiones la mestressa de Músser, mientras nos enseñaba sus vacas guardadas en un establo “com es feia abans”, lejos de las estabulaciones altamente tecnificadas que son el escenario contemporáneo de las granjas intensivas de producción láctea (ver Del Màrmol et al., 2018).

Como señalamos, la pluralidad y relatividad de categorías sociales presentes en la comarca del Alt Urgell, especialmente en sus pueblos fuertemente despoblados atrincherados en los valles que desembocan en el Segre y donde encontramos la capital de comarca, la Seu d’Urgell, eran fácilmente relacionables con las transformaciones socioeconómicas de las décadas previas. El abandono progresivo de la actividad primaria en estas zonas, alentado desde esferas nacionales y europeas en forma de cuotas de producción e incentivos económicos, terminó de hundir la ya debilitada producción láctea y promovió nuevos modelos de aprovechamiento en la promoción del turismo (Bretón et al., 1997; Frigolé, 2007; Del Màrmol, 2016). Estos cambios impactaron de manera profunda la estructura social de la población, las relaciones con el entorno, así como los imaginarios y las representaciones locales.

Si en el pasado la casa como conjunto de edificios, bienes y personas, con un nombre y una identidad colectiva, era la unidad básica del sistema de estratificación social dando lugar a una sociotoponimia concreta (“cases baixes” y “cases altes”); las categorías de población se organizaban principalmente en esta relación de propiedad y pertenencia a una casa. La fórmula hereditaria indivisa situaba al hereu, o a la pubilla en su defecto, en el centro de este sistema de clasificación (Contreras et al., 1989; Barrera, 1990; Roigé, Estrada y Beltran, 1997; Comas d’Argemir, 2006). La “gent del poble” o, más genérico, “la gent del país”, pertenecía a una casa y dentro de ella ocupaba una posición de poder diferencial según su puesto en el sistema de herencia. Pero lejos de dar lugar a una escena estática de población originaria, del pasado nos llegan imágenes de una intensa movilidad, una sociedad en circulación en búsqueda de alternativas a la escasez y la dureza de una economía de montaña tradicional. Si bien algunas producciones podían orientarse hacia el mercado, la necesidad de autoabastecimiento de subsistencia obligaba a un policultivo de bajo rendimiento (Nistal, 2008). Los magros beneficios eran complementados con distintas prácticas migratorias temporales, como ir a la vendimia en el Rosellón, a hacer carbón al Montseny o bien los niños que eran enviados desde pequeños como vailets (mozos) a casas pudientes. Las mujeres podían ir a servir a núcleos industriales, a hacer de dides (nodrizas), o el complejo modelo de movilidad de les trementinaires que vendían hierbas y productos de montaña por amplias zonas de Cataluña (ver Frigolé, 2005). Las casas altas, especialmente en los municipios de montaña, contaban también con rebaños ovinos en régimen extensivo que se alimentaban en los prados de propiedad de la casa y en los terrenos comunales gracias a complejos sistemas de permisos y alquiler de pasturas (emprius y conllocs) que

permitían el movimiento de rebaños entre “la Plana” y la montaña (Nistal, 2008). Así, la figura de los pastores que pasaban largas temporadas en los pueblos, y que en algunas ocasiones se casaban con mujeres locales, nos permite vislumbrar también otras fórmulas de estas movi­lidades variadas.

Esta rápida radiografía nos ofrece una imagen móvil, a la que debemos sumar las fuertes oleadas migratorias que desde principios del siglo XX transfirieron grandes cantidades de población hacia los núcleos metropolitanos e industriales para engrosar las nuevas clases obreras urbanas (Aceves y Douglas, 1976; Campillo y Villaró, 1988; Collantes, 2009; Guirado, 2007). Muchas veces las estrategias de movilidad temporal permitían el establecimiento de contactos que posteriormente facilitarían el establecimiento definitivo en zonas urbanas. Era habitual que las redes de familiares y vecinos marcaran caminos migratorios similares, basándose en estrategias de solidaridad y apoyo mutuo habitual de la vida en los pueblos (Contreras y Narotzky, 1997). Como nos explicaba Joan en 2010, con más de 80 años de edad y nacido en un pueblo del Baridà, solo había unas pocas casas grandes que no necesitaban “*anar a jornal*” (a la vendimia, a hacer carbón, pero también a trabajar en tierras ajenas). Esto nos recuerda las barreras diferenciales que se establecían al movimiento: si en el pasado era propio de las casas con menos recursos recurrir a estrategias de movilidad para paliar su precariedad, las transformaciones de las relaciones socioeconómicas y de las geografías de acumulación nos ofrecen en el presente una imagen en espejo, donde los que se quedaron, debido a su posición de privilegio, sienten en la actualidad la necesidad de justificar su “decisión”. La movilidad precaria del pasado pudo funcionar en algunos casos como facilitadora de los caminos del exilio, abriendo las puertas a movi­lidades sociales pujantes (en algunos casos), mientras que la inmovilidad privilegiada de los *hereus* los mantuvo ligados a lo que actualmente se expresa en algunas representaciones locales como una situación de aislamiento y abandono. Esta inversión enseña de manera descarnada las paradojas de las transformaciones sociohistóricas en términos de relaciones de poder desigual.

Es así como los recuerdos del pasado están plagados de historias de movilidad que remiten a las memorias de estos múltiples viajes en forma de migraciones temporales, migraciones definitivas que dan lugar a las visitas estivales al pueblo, viajes de bodas y visitas entre familiares, servicio militar o los desplazamientos violentos de la guerra civil (campos de concentración, levas forzadas, refugiados). Esto se opone a las categorías de población que nos encontramos al principio del siglo XXI, donde se podía identificar una cierta rigidez en la etiqueta destinada a la población local: “*la gent del país*”. Esta clasificación respondía a un imaginario idealizado de autoctonía, que incluso servía para referirse a personas que en el pasado no hubieran sido identificadas como tales (pastores trashumantes, cónyuges de personas locales, entre otros). Fue con sorpresa que descubrimos que el Miquel de cal Fuster de Tuixent “no era del pueblo”, según nos comentó él mismo durante una charla espontánea de camino a su huerto. Siempre habíamos escuchado que se referían a él como parte del grupo de vecinos mayores autóctonos, categoría reforzada por su adscripción a una casa y que en ningún caso conseguían las personas venidas de fuera, aunque adquirieran propiedades y recuperaran los viejos nombres. Pero resultó que el Miquel era de Organyà, una ciudad vecina, y que se había casado con la *pubilla* de cal Fuster en 1950. No nacer en el pueblo podría haberle supuesto

algunas exclusiones o falta de privilegios en el pasado, como hombre que entra en una relación desigual de poder con una *pubilla*². Pero el presente de despoblación hacía que las movildades del pasado se desdibujaran ante los nuevos patrones móviles. Es así como los pastores de la plana con casa en los pueblos o los cónyuges casados en casas locales son considerados actualmente como *gent del país*, en una suerte de naturalización de esta categoría que ya no solo se refiere al nacer o pertenecer a la zona, sino que establece una relación directa con unos modos de vida del pasado. En otro ejemplo, una familia venida de Andalucía en los años 50 para trabajar en la construcción de las pistas que comunicaban el valle con las ciudades cercanas compró una casa grande y la mantuvo a pesar de verse forzados a emigrar cuando ya no quedaba casi nadie en el pueblo. El padre no quería afrontar una nueva emigración, y aguantó en el pueblo hasta que pudo, sin desprenderse nunca de la propiedad. A finales de los años 90 su hijo y familia decidieron volver para abrir un restaurante, pero no terminaban de ser totalmente identificados como *gent del país*. Su origen andaluz los posicionaba ya en el pasado en una distancia que impedía su total asimilación a la población local.

Si bien siempre hemos pensado estas categorías de población como flexibles y relacionales, pudiendo incluso cambiar de significado según el contexto de referencia o de enunciación, en otros casos se presentaban como etiquetas de una rigidez llamativa. Una persona nacida en Barcelona, cuyos padres habían emigrado del pueblo durante los años 60, podía ser considerada en varios casos como “*del poble*”, mientras que a otra nacida en Tuixent, hija de neorrurales llegados al pueblo en los 80 y con residencia continua desde entonces, podía seguir siendo considerada como “*de fora*”. Y, sin embargo, como señalábamos en el párrafo anterior, esta categoría que parecía a primera vista rígida y estática, asociada a un sentido arcaico de arraigo, escondía también trayectorias altamente móviles. El Pep de ca la Teta, señalado por todos los vecinos como una de las personas más mayores del pueblo, había nacido en Josa de Cadí en 1931. Con solo 14 se fue a servir a una casa en Olesa de Montserrat mientras que su padre, viudo, vendía la casa de Josa para casarse en segundas nupcias con una joven de Breda. Su hermano mayor emigró a Francia, su hermana a Argentina. Pep no volvió al pueblo hasta 1952, a hacer la misma carretera que la familia andaluza de cal Amador. Distintas formas de desplazamiento asomaban detrás de algunas de las trayectorias que se consideraban epitome del arraigo, incluso en algunos casos de familias que reivindicaban su rol como últimos habitantes, su permanencia y su papel en garantizar la continuidad, convirtiéndolo en algunos contextos en reproche hacia otras personas. Detrás de la aparente característica estática de la categoría de *gent del país*, encontramos entonces trayectorias altamente móviles. A continuación, veremos como la categoría de *nouvingut*, *neorural* o incluso *foraster*, en principio una etiqueta que nos habla de movilidad esconde a su vez trayectorias de in/movilidad, y, en algunos casos, historias arraigadas.

“*Mai no seràs del poble*”: el arraigo de los *nouvinguts*

En 1995 en Tuixent se llevó a cabo la recuperación del “*Ball dels Llancers*”, que se realizaba habitualmente en las fiestas grandes hasta 1958 cuando la gente

² Si bien reconocemos la importancia de la alianza como vía de incorporación a la comunidad, esto no quita que la aceptación no fuera siempre total y que, como indicamos, podía suponer ciertas exclusiones y limitaciones.

mayor del pueblo recuerda haberlo bailado por última vez. Los ensayos se realizaron en 1995 en la antigua rectoría, en ese entonces abierta como restaurante por una pareja de neorurales llegados diez años antes. Horaci, originario de Barcelona, nos explicó que se reunía la gente mayor que recordaba el baile y también familias que habían emigrado conservando las casas como segunda residencia. Pero la pareja solo podía mirar y grabar, no habían querido que lo aprendan: “*No importa quan visquis al poble, mai no seràs del poble*”, nos decía en 2007.

“*Neorrural*”, o más frecuente “*nouvingut*” o “*hippy*”, son etiquetas que se refieren a las personas que se instalaron en estos valles a partir de finales de los años 70 en un camino inverso al del abandono rural imperante. Al igual que hemos podido observar en la descripción de etiquetas anteriormente discutidas, se trata de categorías genéricas que incluyen una gran variedad de situaciones socioeconómicas y trayectorias vitales específicas³. Son en su mayoría personas sin vínculos familiares previos en la zona, provenientes de ámbitos urbanos y que buscaban llevar adelante su vida en contextos rurales. La continua pérdida de población, especialmente a partir de la década del 60 afectando con más fuerzas los valles aislados, dejó tras de sí un paisaje de pueblos vacíos, bosques en expansión y prados abandonados que fueron fácilmente reconvertidos en representaciones idílicas de la ruralidad gracias a complejos dispositivos jurídicos, político-económicos y culturales (ver Fillat, 2003; Vaccaro y Beltran, 2010; Roigé y Frigolé, 2010; Del Mármol, 2012). Estas naturalezas reconvertidas en paisajes resultaron en un escenario ideal para estas personas que buscaban dar un giro a sus vidas. En la década del 70, influido por distintos movimientos e ideologías de izquierda herederos del mayo francés, un nuevo fenómeno de comunas rurales se extiende por el interior del país (Moreno-Caballud, 2010; Olivé, 2011, Cucó, 2018). Grupos de gente joven dejan las ciudades en busca de alternativas, huyendo de la masificación, el consumismo y lo que percibían como modos de vida alienados (Nogué, 1988; Martínez Illa, 1987; Chevalier, 1993). Generalmente denominados en distintos lugares como “*hippies*”, con tintes peyorativos, estos grupos carecían de estructuras organizativas comunes, pero compartían maneras de ver el mundo formadas a partir de influencias políticas libertarias, imaginarios urbanos volátiles y representaciones utópicas. Esto se inscribe en el contexto de un fenómeno de alcance global, que abarca desde las subculturas de los procesos de *counterurbanization* en Norteamérica (Berry, 1980) a los distintos movimientos de *return to the land* en Europa (Hérvieu y Léger, 1979; Chevalier, 1981, 1993; Waldren, 1996; MacClancey, 2015). Una primera oleada de población neorrural durante los años 80 y hasta mediados de los 90 puede entenderse como formando parte de estos movimientos sociales. Posteriormente, una segunda oleada de población procedente también de ámbitos urbanos confluye hacia el Pirineo buscando los trabajos surgidos de la transformación hacia una economía terciarizada.

³ Debido a las limitaciones de espacio y a las características de los objetivos que nos hemos marcado en este artículo, no entraremos en detalles sobre esta variedad que es sin embargo muy interesante en término de diferencias de origen, de procedencia socioeconómica y de perspectivas laborales. Para más información ver: Del Mármol, 2012.

Entre la *gent del país* y los *nouvinguts* se establece una diferenciación jerárquica. La necesidad de distinguir entre un pasado mítico constituido por una sociedad “autóctona” y aquellos que fueron llegando posteriormente, da lugar a situaciones paradójicas donde una persona no residente en el valle, pero nacida de pobladores locales puede ser considerada como del país mientras que un hippy que lleva 30 años residiendo de forma permanente con sus hijos criados en el pueblo siempre será un *nouvingut*. Esta última categoría nos habla de una temporalidad y es de alguna manera una frontera social que marca unos límites precisos entre los de fuera y los de dentro, definiendo una condición de continua provisionalidad. A la condición de *nouvingut* se le asocian ideas de desarraigo y de ausencia de vínculos con el territorio, y al ser aplicada a lo largo de los años funciona como una manera de negar simbólicamente la posibilidad de creación de estos lazos.

Esto se refleja por ejemplo en los usos de la socrionimia tradicional basada en el nombre de las casas al que nos referíamos anteriormente. Si en el pasado la pertenencia a una casa ejercía de elemento estructurante de las categorías sociales locales, el hecho de no relacionar a las personas venidas de fuera con las casas remarca el hecho de dejarlos fuera de la historia común del territorio y situarlos en el ámbito de una historia privada. Muchos *nouvinguts* colocaban placas con nuevos nombres en los inmuebles que adquirían, sin conseguir nunca que los denominaran a partir de ellos. Mientras tanto, en el caso de la población considerada autóctona el nombre de la casa solía acompañar a la persona en la adquisición de nuevas viviendas o incluso en mudanzas fuera del pueblo, mostrando la identidad que existe entre el nombre de la casa y el individuo para las personas nacidas en el territorio. Un hombre de segunda residencia nacido en una casa de Tuixent que marchó siendo muy pequeño, aún es conocido por el nombre de la antigua casa, a pesar de haber ésta desaparecido y de que el hombre no posee ningún inmueble en el pueblo en la actualidad. Por el contrario, en el caso de un neorrural que compró una casa en Tuixent que bautizó con el gentilicio de su lugar de nacimiento colgando una placa en su puerta, en ninguna ocasión consiguió ser denominado por ese nombre. Más bien, en el caso de los *nouvinguts* que adquieren casas con nombres conocidos por la población local, es habitual que se refieran a ellos como “*el que està a cal Joan Fuera*”, o “*el que va a comprar cal Moles*”, marcando una diferencia entre la propiedad adquirida y el que pertenece realmente a una casa en un sentido amplio.

Una de las diferencias que marcan la identidad de los *nouvinguts* quedó claramente definida en una conversación con un “hippy” de Tuixent, que llegó al pueblo hace más de 25 años. Después de explicarme la historia de su llegada al valle, la trayectoria de la decisión de quedarse, así como las dificultades para encontrar una vivienda y un trabajo rentable, se refirió a las características conflictivas de la población local diciendo que tenían raíces asentadas en enfrentamientos del pasado, y que él en esos temas prefería no entrar: “*jo no tinc història*”. Así, las narraciones personales sobre cómo las nuevas oleadas de población se asentaron en el territorio son consideradas como propias de la experiencia personal de algunas personas y en ningún caso forman parte de la historia del valle. Igualmente, una mujer que se instaló en Tuixent hacía más de 30 años, me señalaba un gran árbol en el patio de la escuela y me contaba que lo había plantado su hijo junto a los compañeros de clase, reivindicando que ella tenía una historia del pueblo que era suya. La categoría de *nouvingut* refuerza esta noción de desarraigo, ante la cual las personas que se asientan en el territorio se posicionan de maneras distintas, creando historias personales o reivindicando historias alternativas.

Esta situación de exclusión o de negación continuada de la pertenencia al lugar puede verse alterada en algunos casos de pueblos que llegaron a un nivel tan importante de despoblación que las etiquetas locales parecen haber perdido parte de su fuerza de categorización. Sería el caso excepcional de Josa de Cadí, en el que funciona una fuerte comunidad de segunda residencia que ha desdibujado algunas de las normas de denominación que siguen funcionando en la mayor parte de valles. Así, los términos analizados son etiquetas para la identificación de distintas personas, pero también se contraen, expanden y reinterpretan para adaptarse a las condiciones cambiantes de la sociedad (Waldren, 1996, p. xiii) En este sentido, debemos pensar las categorías sociales que nos ocupan como fruto de estas situaciones de transformación, y deben ser consideradas como etiquetas utilizadas en el contexto de realidades sociales fluidas. En palabras de Godelier: “Todas las relaciones sociales son realidades en flujo, en movimiento, y en ese movimiento se deforman en mayor o menor medida, se alteran, se erosionan cotidianamente, desaparecen o se metamorfosean a un ritmo imperceptible o brutal, según el tipo de sociedad a que pertenezcan” (1989, p. 37).

Pero a pesar de la evidencia de esta fluidez, que era clara desde una perspectiva analítica tanto en el pasado como en el presente, como hemos intentado demostrar, la rigidez de algunas de estas categorías nos recuerda los límites que se ciernen sobre las personas más allá de las imágenes de movimiento. Distintos neorurales nos explicaron con rencor las múltiples formas de exclusión que sintieron y su dificultad de no ser aceptados como *gent del país*. Por otro lado, este comentario repetido nos llevó también a asumir la permanencia de la gente local, que fue luego fácilmente desarmada con una mirada crítica a la historia de las trayectorias vitales. Las personas locales mostraban en algunos casos percepciones de la movilidad sumamente fluidas, para refugiarse en otros momentos en una apariencia de rigidez que nos hablaba de límites de exclusión muy firmes. Por un lado, es posible que la frustración de los neorurales fuera resultado no únicamente de sus experiencias de rechazo, sino también en parte de sus propias categorías románticas con las que se acercaban a una vida rural considerada como más auténtica. Y, por otro lado, la rigidez extrema que se expresaba de forma evidente por parte de los locales no era únicamente fruto de una dificultad para aceptar la movilidad con la que siempre habían convivido, sino que quizás puede entenderse como producto de un rechazo más profundo a una percepción de cambio radical de su experiencia vivida, acompañado de evidencias de desposesión y abandono. El rechazo podría entenderse entonces como una expresión de las críticas a las nuevas estructuras socioeconómicas que habían transformado la vida en los valles, un modelo productivo que imponía nuevas movilidades que se convertían así en objeto de un repudio más amplio. ¿Era la sustancia de la movilidad, el hecho de moverse, lo que levantaba suspicacias, o más bien ese otro modelo productivo que imponía nuevas movilidades lo que producía tanta inquina? Un nuevo modelo que había traído consigo un cuestionamiento activo de la decisión de quedarse, una desvalorización de esas otras maneras de vivir del pasado.

En muchas ocasiones a lo largo de nuestra etnografía se hacía evidente que la opción por permanecer, o incluso de instalarse en estos pueblos, era visiblemente cuestionada. No solamente los locales justificaban en distintas situaciones su decisión, sin nadie presente que los cuestionara abiertamente, sino que incluso en el

caso de neorrurales se podían escuchar las razones para venir a vivir a estos valles. Varias personas del pueblo de Tuixent se sorprendieron al saber de nuestro interés por realizar un estudio en la zona: “¡pero si en este pueblo no hay vida!” nos dijo una mujer mayor. Una joven neorrural nos planteó en una ocasión que había escuchado que en los valles se acumulaban los “iones negativos”, lo que ella entendía como una razón para las dificultades sociales que consideraba se reproducían en todos los pueblos de la zona. Tanto de los habitantes no nacidos en estos valles como las categorías de *gent del país*, en muchos casos recogimos comentarios que expresaban una idea aceptada de forma acrítica: todos los que llegaban de fuera escondían o venían escapándose de algo. La asimilación por la gente venida de fuera de un discurso negativo construido a través de largos procesos que han sometido al territorio a situaciones de abandono y despoblamiento, puede ser una manera de adoptar un relato alejado de las nociones románticas que tiñen las representaciones turísticas escondiendo las dificultades cotidianas. “*La Vansa és tètric, Tuixent ja és tètric però la Vansa ho trobo encara pitjor*”, nos comentó una mujer nacida en la comarca una tarde de invierno.

El movimiento de poblaciones debe pensarse siempre en los contextos que permiten o fuerzan su posibilidad (Glick-Schiller y Salazar, 2013). En este sentido sería necesario establecer otros parámetros analíticos, teniendo en cuenta interseccionalidades varias como el origen, la clase o el género y su impacto en la producción de categorías de identidad local. En relación al género, no hemos podido establecer constantes que nos indiquen que este sea un parámetro que altere considerablemente las categorizaciones y percepciones de pertenencia. En relación con el origen, las etiquetas analizadas en este trabajo se aplicaban mayormente a población de origen catalán, y español en menor medida. Podía tratarse de personas provenientes de otros países de Europa, mientras que de fuera de la UE eran contados los casos. De todas formas, era evidente que la categoría de *gent del país* estaba reservada para personas de origen catalán. Los *hippies* llegados en los años 70 podían ser catalanes o españoles, y entre ellos se contaban también un buen número de europeos de países del norte de Europa. Los llamados *neorrurals* o *nouvinguts* podían ser también catalanes o españoles, pero no solían incluir a otras nacionalidades que entraban en categorías específicas. En 2009 llegó a Tuixent un pastor marroquí para trabajar en la granja más grande de vacas de la Vall de la Vansa i Tuixent. Como en otros casos de la comarca, esta persona era considerada inmigrante, no *nouvingut*, y normalmente se le llamaba “el moro”. La misma situación se dio con una mujer de origen dominicano, que llegó a trabajar a un bar del pueblo. Igualmente, los portugueses son denominados con el gentilicio nacional, siendo una población numerosa en la zona por el efecto llamada de Andorra y su boom de la construcción. De esta manera podemos observar cómo las categorías locales conviven e interactúan con otras etiquetas y segregaciones propias de las relaciones con las migraciones nacionales e internacionales contemporáneas. Más allá de las implicaciones excluyentes en las categorías de *nouvingut* o *neorrural*, no son comparables con los condicionantes que marcan las trayectorias de migrantes tanto de fuera de la UE o de los países más subalternos del continente.

Igualmente, sería importante cruzar estas reflexiones con datos socioeconómicos, que como ya hemos mencionado antes, no tenemos espacio para desarrollar en estas páginas. Sin embargo, y en líneas generales, podemos subrayar el carácter transversal de las categorías locales analizadas en términos de diferencias socioeconómicas de la población. Tanto entre la *gent del país* como entre *neorrurals*

o *nouvinguts* encontramos condiciones socio-económicas variadas, no funcionando como un criterio para identificar a una persona dentro de una u otra categoría. Si en el pasado el estatus venía determinado por la pertenencia a una casa, y el lugar que se ocupaba en el sistema de herencia, esto se vio profundamente transformado con los cambios que afectaron a la ruralidad española a partir de los años 50 (Aceves y Douglass, 1976; Pérez Díaz, 1976). Mientras que los logros profesionales suplantaron a la herencia como factor estructurante del estatus social (Collier, 1997), la capacidad de adquirir propiedades no deja de ser un elemento importante para la aceptación de la población *nouvinguda* en el caso que estudiamos. Sin bien la posibilidad de acceder a un inmueble propio es un elemento que determina la permanencia de la población, no es así en todos los casos.

Apuntes para el cierre

Siguiendo la llamada a abandonar el pensamiento binario, no aceptando la permanencia como una condición natural, pero a la vez sin minimizar las barreras diferenciales que condicionan el movimiento (Glick-Schiller y Salazar, 2013, p. 5), en este artículo nos hemos acercado a las categorías de población en el contexto de las historias específicas que dieron lugar a transformaciones en las estructuras de poder local en el Pirineo catalán. Los cambios en los modelos productivos, los procesos de territorialización (cf Vandergeest y Peluso, 2009) así como las transformaciones en los modos de acumulación (Harvey, 2003) han dado lugar históricamente a una reordenación de las relaciones sociales, así como nuevas dinámicas de in/movilidad (Glick-Schiller y Salazar, 2013; Sassen, 2014).

En este trabajo nos hemos preguntado, siguiendo a Mata (2016), qué variables son y han sido relevantes en la creación de imágenes de la movilidad y la inmovilidad, así como las formas en que los contextos socioeconómicos han ido moldeando las potencialidades de movimientos y reorganizado las jerarquías sociales locales. Tanto en el presente como en el pasado la movilidad funciona de dos maneras: como un privilegio o como una estrategia contra la precariedad. A las migraciones temporales de las casas bajas se corresponden los actuales movimientos de los sectores más vulnerables de la población que se mueven en búsqueda de trabajos en el sector de los servicios (turismo y construcción). A cuál más precario y flexible. Pero también la movilidad es entendida, y lo fue en el pasado, como un privilegio. Las casas altas podían visitar Barcelona durante los viajes de novio, y en algunos casos incluso estudiar en Barcelona. Las mujeres aspiraban a casarse fuera, y para eso servían las visitas a parientes y conexiones en distintas ciudades de Cataluña. Actualmente la posibilidad de tener una segunda residencia, así como trabajos flexibles en términos de horarios, permite pasar el tiempo entre la montaña y entornos urbanos como una aspiración cosmopolita del desarraigo. Un antiguo alcalde de la Seu d’Urgell nos explicaba durante una entrevista el futuro del Pirineo, poblado también por profesionales urbanos que podían ir a esquiar un miércoles, al volver de la oficina en el centro comercial de Barcelona. Sin colas ni aglomeraciones. El espacio, decía, como privilegio (y la libertad, siempre relativa, de moverse a través de él). Esto nos habla de la movilidad como un fenómeno que difícilmente pueda ser considerado en sí mismo, marcando las limitaciones de un acercamiento teórico al movimiento *per se*. Sin contextos, sin marcos de análisis socio-económico, político e histórico, el

movimiento en el espacio puede resultar en un falso igualador. Como recuerda Dzenovska (2018) quedarse o irse son acciones adaptadas por las personas para navegar los cambiantes “spatiotemporal fixes” (Cf Harvey, 2003; Jessop, 2006).

La irrupción de la pandemia de la COVID19 ha materializado una nueva realidad de confinamientos e inmovilidades forzosas que han cuestionado las narrativas hegemónicas de movilidad e interconexión que dominaban las narrativas globales desde hace décadas (Appadurai, 1996; Hannerz, 1996; Harvey, 1998; Bauman, 2003; entre otros muchos). Especialmente en las ciudades, la imposibilidad de moverse ha impuesto una serie de redefiniciones de la hasta ahora tan celebrada experiencia urbana, construida sobre imaginarios de cosmopolitismo, diversidad y oportunidades, convirtiéndola en una trampa viral. El deseo moderno de una naturaleza abstracta y reparadora, en reelaboración continúa desde el desarrollo industrial de Europa (Williams, 2001), se ha reforzado, impulsando una nueva celebración de los valores rurales en consonancia con las visiones idílicas que impulsaron a los primeros neorrurales allá por los años 60 y 70 (Chevalier, 1981; Halfacree, 2013; MacClansey, 2015). En este contexto nos encontramos ante una situación excepcional que ha confrontado el mundo rural a nuevas presiones que han contribuido a evidenciar todavía más las tensiones y desafíos de los últimos tiempos. El abandono, el despoblamiento y el cambio de regímenes de acumulación no son dinámicas nuevas, pero se tienen que repensar ante las nuevas condiciones que han trastornado nuestra vida cotidiana en los últimos años. Este nuevo contexto de pandemia ha impulsado una nueva oleada de movilidades que se tendrá que analizar a la luz de las dinámicas preexistentes.

Bibliografía

Aceves, J. y Douglass, W. (1976). *The Changing Faces of Rural Spain*. Schenkman Publishing.

Appadurai, A. (1996). *Modernity at large. Cultural dimensions of globalization*. University of Minnesota Press.

Barrera, A. (1990). *Casa, herencia y familia en la Cataluña rural. Lógica de la razón doméstica*. Alianza Editorial.

Bauman, Z. (2003). *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Siglo XXI.

Berry, B. (1980). Urbanization and Counterurbanization in the United States. *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 451, 13-20.

Bourdieu, P. (2002). *Le bal des célibataires. Crise de la société paysanne en Bearn*. Éditions du Seuil.

Bretón, V., Comas d'Argemir, D. y Contreras, J. (1997). Cambio social en la agricultura familiar española. En C. Gómez Benito, J.J González Rodríguez (Eds.), *Agricultura y sociedad en la España contemporánea* (pp. 653-671). Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación – Centro de Investigaciones Sociológicas.

Campillo, X. y Villaró, A. (1988). Introducció al programa MAB-6 Alt Pirineu: L'area d'estudi. *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 12, 7-19.

- Chevalier, M. (1981). Les phénomènes néo-ruraux. *L'Espace Géographique*, 1, 33-47.
- Chevalier, M. (1993). Neo-rural phenomena. *Espace géographique. Espaces, modes d'emploi. Two decades of l'Espace géographique, an anthology. Special issue in English*, 175-191.
- Collantes, F. (2009). Rural Europe reshaped: the economic transformation of economic upland regions, 1850-2000. *The Economic History Review*, 62, 2, 306-323.
- Comas d'Argemir, D. (2006). Casa, família y estratificació social: estratègies de herència y de treball en una població rural catalana. En X. Roigé (coord.), *Famílies de ayer, famílies de hoy* (pp. 141-176). Icaria.
- Collier, J. (1997). *From duty to desire. Remaking families in a Spanish village*. Princeton University Press.
- Contreras, J. y Narotzky, S. (1997). L'ajut mutu com a previsió de la necessitat: continuïtat i canvis. *Revista d'Etnologia de Catalunya*, 11, 20-31.
- Contreras, J., Viola, A., Estrada, F., Roigé, X. y Prats, L. (1989). La invenció de la família catalana. *L'Avenç*, 132, 15-53.
- Cresswell, T. (2002). Introduction: Theorizing Place. En G. Verstraete y T. Cresswell (Eds.), *Mobilizing Place, Placing Mobility* (pp. 11-32). Brill.
- Cucó, J. (2018). La izquierda revolucionaria y la Transición. Dinámicas y procesos. *Debats*, 132(1), 13-24.
- Dzenovska, D. (2018). Emptiness and its futures. Staying and leaving as tactics of life in Latvia. *Focaal- Journal of Global and Historical Anthropology*, 80, 16-29.
- Ferguson, J. y Gupta, A. (2002). Spatializing states: toward an ethnography of neoliberal governmentality. *American Ethnologist*, 29(4), 981-1002.
- Fillat, F. (2003). La intensificació ramadera i l'abandó, dues tendències dels Pirineus espanyols al començament del s. XXI. *Espais Monogràfics, La Muntanya a Catalunya*, 49, 8-14.
- Frigolé, J. (2007). Producció cultural de lloc, memòria i terciarització de l'economia en *de la Vall de la Vansa i Tuixent (Alt Urgell)*. Generalitat de Catalunya.
- Frigolé, J. (2005). *Dones que anaven pel món. Estudi etnogràfic de les trementinaires de la Vall de la Vansa i Tuixent (Alt Urgell)*. Generalitat de Catalunya.
- Glick-Schiller, N. y Salazar, N. (2013). Regimes of Mobility Across the Globe. *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 39(2), 183-200.
- Godelier, M. (1989). *Lo ideal y lo material. Pensamiento, economías, sociedades*. Taurus.

- Guirado, C. (2007). *Del despoblament a la revitalització demogràfica: canvis en el comportament de la població al Pirineu català (1860-2006). El cas de l'Urgellet i el Baridà (Alt Urgell-Cerdanya)*. Treball de recerca. UAB.
- Gupta, A. y Ferguson, J. (1997). Beyond Culture: space, identity and the politics of difference. En A. Gupta y J. Ferguson (Ed.), *Culture, Power and Place: explorations in critical anthropology* (pp. 33-51). Duke University Press.
- Halfacree, K. (2013). Running wild in the country? Mobilising rural in-migration. En L. Silva y E. Figueredo (Eds.), *Shaping rural areas in Europe* (pp. 11-24). Springer.
- Hannerz, U. (1996). *Transnational connections*. Routledge.
- Harvey, D. (1998). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Amorrurtu.
- Harvey, D. (2003). *The new imperialism*. Oxford University Press.
- Hérvieu, B. y Léger, D. (1979). *Le retour à la nature: au fond de la forêt.... l'Etat*. Le Seuil.
- Jessop, B. (2006). Spatial fixes, temporal fixes, and spatio-temporal fixes. En N. Castree y D. Gregory (Eds.), *David Harvey. A critical reader* (pp. 142-168). Blackwell.
- MacClancey, J. (Ed.). (2015). *Alternative countrysides. Anthropological approaches to Rural western Europe today*. Manchester University Press
- Màrmol, C. del (2012). *Pasados locales, políticas globales. Procesos de patrimonialización en un valle del Pirineo catalán*. Germanias.
- Màrmol, C. del (2016). *Muntanyes de formatge. Transformacions productives i patrimonialitzacions a l'Urgellet i el Baridà*. Generalitat de Catalunya.
- Màrmol, C. del, Celiueta, G. y Vaccaro, I. (2018). Socioeconomic Transitions and Everyday Life Changes in the Rural World: Pyrenean Households and their Contemporary Economic History. *Journal of Agricultural Change*, 18(3), 677-693.
- Martínez Illa, S. (1987). Utopia, espai i migracions utòpiques: El retorn al camp. *Documents d'anàlisi geogràfica*, 11, 61-79.
- Mata, D. (2016). *(In)movilidades en un pueblo del centro de México. Cuernavaca, Morelos: Universidad Nacional Autónoma de México*. Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.
- Moreno-Caballud, L. (2010). *Topos, carnavales y vecinos. Derivas de lo rural en la literatura y el cine de la transición española (1973-1986)* (Tesis de Doctorado) Princeton University. <https://www.proquest.com/openview/d0adef7576c8ebaecfa6a227732b62de/1?pq-origsite=gscholar&cbl=18750>
- Nistal, J. (2008). L'estructura agrària i la propietat de la terra a la segona meitat del segle XIX a l'Alt Urgell. *Papers de recerca històrica*, 5, 68-94.

- Olivé, P. (2011). El movimiento pacifista en la transición democrática española. En R. Pérez Díaz, V. *España puesta a prueba: 1976-1996*. Alianza.
- Roigé, X. y Frigolé J. (Eds.). (2010). *Constructing cultural and natural heritage. Parks, museums and rural heritage*. ICRPC Llibres.
- Roigé, X., F. Estrada, y Beltran, O. (1997). *La casa aranesa. Antropologia de l'arquitectura a la Val d'Aran*. Garsineu edicions.
- Sassen, S. (2014). *Expulsions. Brutality and complexity in the global economy*. Harvard University Press.
- Sheller, M. y Urry, J. (2006). The new mobilities paradigm. *Environment and Planning*, 38, 207-226.
- Vaccaro, I. y Beltran, O. (Eds.). (2010). *Social and Ecological History of the Pyrenees State, Market, and Landscape*. Left Coast Press.
- Vandergeest, P. y Peluso, N. (2009). Territorialization and state power in Thailand. *Theory and Society*, 24, 385-426.
- Waldren, J. (1996). *Insiders and Outsiders. Paradise and reality in Mallorca*. Berghan Books.
- Williams, R. (2001). *El campo y la ciudad*. Paidós.



© Copyright Camila del Marmol y Joan Frigolé, 2022

© Copyright *Quaderns de l'ICA*, 2022

Fitxa bibliogràfica:

Del Marmol, C. y Frigolé, J. (2022). “Viure a rural: de “gent del país”, neorurales y otros perfiles in/móviles en el Pirineo catalán. *Quaderns de l'Institut Català d'Antropologia*, 38 (2), 179-193 [ISSN 2385-4472].